

ánico perdido



que él ayudó en la labor. Tenía catorce años y sería en 1956. El restaurador barcelonés Ramon Gudiol impregnó unos lienzos con cola caliente y los fue extendiendo a lo ancho del ábside. Una vez secos, los retiraba y los enrollaba, ya con el tesoro románico incrustado en ellos. Gudiol llegó con una carta para el alcalde firmada por el obispo Ramon Iglésias Navarri (en ejercicio entre 1943 y 1969). El párroco dijo a quien preguntó que se llevaban las pinturas para restaurar y que "quizás" volverían. Joan Cortina, que era entonces monaguillo, explica que el cura vivía en su casa, una de las principales del valle, y que su padre le dijo que el hecho debería comunicarse al pueblo. "No contestó el mosén-, el obispo es la autoridad y nadie tiene por qué meterse en esto".

'Lo vaquer de Durro'

Cortina se ha encargado toda su vida del mantenimiento de la iglesia y cuenta que no fueron sólo las pinturas, sino que el obispo mandó llevarse todo lo que tenía algún valor. Un cristo románico que su padre salvó de la destrucción durante la guerra fue vendido a Frederic Marès y hoy está en su museo de Barcelona. "En esa época la gente tenía mucho respeto a los curas y mi padre no se atrevió a decir nada", explica. Cortina cuenta que en València llamaban a Iglésias Navarri *lo vaquer de Durro*, porque era de ese pueblo del valle de Boí y no tenía muchas luses.

Codina encontró hará unos quince años bajo la cómoda de la sacristía un lienzo enrollado de un metro de largo con una cenefa en forma de diente de sierra. Hoy conviene con Rosell que quizás lo olvidó o lo desdén Gudiol. Debó ir a parar a la basura en alguna operación de limpieza. En el mismo lugar, halló hace cuatro años una tabla de 60 x 20 centímetros con una virgen románica pintada. También dio con un retablo gótico, que había sido partido para servir de baranda en la escalera que sube al coro. La Generalitat está restaurando ambas piezas.

Cuando Gudiol acabó el trabajo en València, fue al vecino Isavarre. Allí vive de manera permanente un único vecino, Miquel Paulet, de 80 años, que recuerda muy bien lo que pasó. La gente del pueblo protestó cuando vio que se llevaban las pinturas, pero el cura dijo que los beneficios servirían para reparar la iglesia. El párroco quería oficiar la misa en una capilla que hay en el centro del pueblo, que el obispado blanqueó.

Hoy, las pinturas de València están en el Museu Diocesà d'Urgell, en La Seu, y las de Isavarre, repartidas entre ese mismo lugar, el MNAC, en Barcelona, y el Museum of Art de Toledo (Ohio, Estados Unidos). Estas dos forman parte de un grupo de pequeñas iglesias del Pallars Sobirà en las que se arrancaron las últimas pinturas románicas. Cuando se habla de extracción y venta de frescos medievales, se suele pensar en principios del siglo XX, pero en el obispado de Urgell esa práctica estuvo vigente como mínimo hasta 1962. La historiadora Montserrat Pagès, técnica del MNAC, explica que nadie todavía ha

estudiado esos hechos y esa época.

Gudiol era un simple amanuense. Toda la operación estaba articulada por Josep Bardolet, un comerciante de antigüedades mallorquín establecido en Barcelona, que negociaba con el obispo. Bardolet se movió durante cerca de 40 años por la diócesis y fue el responsable de casi todas las extracciones de pinturas. No documentaba nada ni tomaba fotos, y desmembraba las obras para venderlas mejor. "El trabajo es ahora saber cómo eran las composiciones", dice Pagès.

La historiadora Meritxell Mateu ha estudiado los casos de las iglesias andorranas y explica que Bardolet aparece en el principado ya en 1925 con una carta firmada por el obispo Guitart (1920-1940) para llevarse el retablo de Prats. Entonces trabajaba con un técnico italiano, Arturo Citavini, que en 1926 extrajo las pinturas de Andorra la Vella, y en 1933 las de Santa Coloma y las de Anyós. "El obispo era muy consciente de que tenían un valor, porque Bardolet ofreció 8.000 pesetas por las de Santa Coloma en 1932, y el obispo negoció para subir el precio hasta 15.000". Éstas son las que ahora, tras un periplo por media Europa, han vuelto al país por 4,5 millones de euros. El estado andorrano ha adquirido también el retablo de Prats a los herederos del financiero mallorquín Juan March.

Mateu, hoy ministra de Habitatge, Joventut, Ensenyament Superior i Recerca, y presidenta del Institut d'Estudis Andorrans, explica que Bardolet

Bellera dice que los vecinos mantenían la iglesia y la salvaguarda de las pinturas no fue excusa. Ramon Gudiol se alojó en casa de Maria de Morea y fue asistido por una ahijada suya. Ella explica que el expolio de la iglesia lo completó el propio cura, que llenó dos arcas enteras con los objetos de culto, que subió a recoger el charrero de Tremp, protagonista de la comercialización de muchos objetos antiguos en los dos Pallars. El pueblo llegó a amotinarse y a insultar al tonsurado para que devolviera un san Isidro. Las dos figuras principales de Surp se encuentran en el museo norteamericano de Toledo; la parte central, en el Diocesà d'Urgell, y una figura menor, en el MNAC.

Protesta en vano

La extracción de las pinturas de Sorpe, hoy en el MNAC, es también de esa época. Remei Poquet, la mujer del entonces alcalde, explica que su marido protestó vivamente por este acto y la indignación fue grande en el pueblo, pero en vano. Luego el mosén vendió lo que pudo. Pepita Riu, nacida en 1950, tenía entonces ocho o diez años y recuerda que se llevó la campana y un santo del tamaño de una persona, que a ella le daba miedo.

En Aineto la historia se repitió en torno a 1960, según la memoria de Salvador Tomàs. Los vecinos no querían que se llevasen las pinturas, pero el cura dijo que, a cambio, la iglesia tendría un tejado nuevo, que nunca se hizo. El malestar llegó a ser muy vivo y

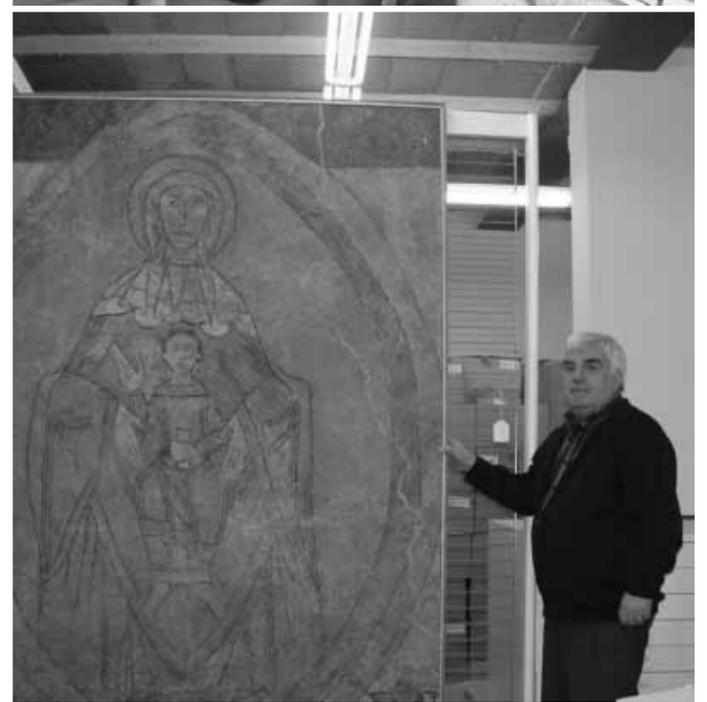
Un marchante localizaba los frescos y negociaba su extracción con el obispo

vendía las obras al mejor postor. La mayoría de piezas fueron a parar a manos privadas y no ha quedado constancia de la transacción y, a veces, ni siquiera de su existencia. Como no había ningún tipo de inventario, nadie podía reclamar nada. Ninguna parroquia andorrana recibió una sola peseta por la incautación de las obras.

Bardolet localizaba los frescos recorriendo las montañas y negociaba su extracción con el obispo. A mediados de los años 50 ya estaba casi todo limpio, pero el marchante todavía halló valiosas muestras en lugares remotos como Surp, Aineto y Sorpe. Las pinturas del primero de estos pueblos fueron arrancadas en otoño de 1957 con la oposición de los vecinos. "Todos nos quejamos -rememora Ignasi Bellera, de 91 años-, pero nadie se atrevió a decir nada. ¡Cualquiera se enfrentaba entonces a un obispo!". Unos meses después de la extracción, Iglésias Navarri hizo una visita pastoral al municipio y Bellera le notificó el malestar y le dijo que, al menos, se lo habrían podido comunicar. "Me acuerdo como si fuera hoy -explica-, me puso la mano en el hombro y dijo: 'Por educación os lo habría podido decir, pero debes saber y entender que tengo jurisdicción para hacer esto y mucho más'".

El pueblo mandó a dos representantes a La Seu para hablar directamente con el obispo, que les dijo que en adelante deberían acostumbrarse a ver caer iglesias, porque era imposible mantenerlas. Un poco más tarde desaparecieron dos tallas de madera, probablemente románicas, que la madre de Tomàs había salvado de la quema en la Guerra Civil escondiéndolas en casa. La iglesia no estaba cerrada y cualquiera pudo cometer el robo. Las pinturas están hoy en el MNAC y desde hace dos años luce en su lugar original una réplica.

El último caso de colaboración de Bardolet con el obispo Iglésias Navarri fue el de las pinturas de Estaon, en 1962, y con ellas quedaba ya todo limpio. Mosén Pau Vidal, que fue secretario del prelado y trabajó con él durante 17 años, conserva el episodio muy vivo en la memoria. "El obispo se fiaba mucho de Bardolet -asegura- y él hacía lo que le daba la gana". El marchante había descubierto las pinturas en 1961 y se puso en contacto con Iglésias, que extendió una orden para que las arrancara para el museo de la diócesis, pero él se quedó con dos figuras principales, la Virgen y san Juan. La cabeza del Cristo en majestad, la figura central del ábside, que Iglésias había llegado a ver, también desapa- →



Arriba, Jaime Ribes, uno de los fundadores del Museo de La Seu. Avaló un crédito para dos vitrinas

Ignasi Bellera y su hermano Eugeni, que intentaron que el obispo devolviera las pinturas a Surp

Abajo, la virgen con el niño, de València d'Àneu, en el almacén del Museu Diocesà d'Urgell